

Eran las tres de la madrugada en Kuala Lumpur y yo tenía puesta la camiseta. A pesar del calor y la humedad. A pesar de estar sentada sola en el sofá, sin que nadie me viera. La misma que uso hoy en Cascais, la misma que usé hace cuatro años con 18 grados bajo cero en Seúl. La que lucía con orgullo cuando compartía tragos con mis amigos en el bar de casa en Johannesburgo, o la que doblaba con cuidado para llevar en una valija que cruzó varios países desde aquel '86 en el que festejé en el Obelisco por primera vez. No hace falta que la combine con nada, brilla sola. Esa camiseta lo dice todo. No solo viste. Convoca.

Arrogantes, ruidosos, altaneros. Así nos ven, alimentados por los memes y los reels que inundan las pantallas de millones de celulares en el mundo. Pero también amigueros, incondicionales y pasionales. Los que vivimos afuera ya nos acostumbramos a que nos nombren en varios idiomas, a que nos odien o amen. También sabemos que nada de lo que hayamos vivido antes se asemeja a lo que vivimos cuando estalla un Mundial. Y mucho menos si llegamos a disputar la final.

Cada cuatro años el planeta se reordena según una lógica que no es la del pasaporte ni la del código postal. Es la lógica de la camiseta. Y ponérsela en Bruselas, en Lisboa, en Madrid o en Frankfurt tiene un efecto que no me animo a llamar mágico, pero que tampoco sé nombrar de otra forma. Se infla el pecho, se enderezan los hombros y se camina distinto. Casi desafiante. Como si por un rato pudiéramos dejar atrás nuestro origen exacto, la cuenta bancaria o el barrio del que venimos y quedar definidos por la paleta de colores patrios.

Vivir afuera es administrar un duelo migratorio permanente, uno que no se cierra nunca del todo y que se reabre en los lugares más inesperados del planeta. Se sufre cada vez que no se encuentra un lugar donde comprar yerba o dulce de leche para el desayuno. Y también, aunque suene contradictorio, cuando se descubre algún producto argentino en una góndola de supermercado.

El Mundial agranda ese duelo. Te hace extrañar lo que no extrañas en todo el año, pero al mismo tiempo es de las pocas cosas que te devuelven la sensación de estar en casa sin estarlo. O que simplemente te conecta con los afectos que dejaste atrás.

Es la llamada de aquel amigo que vive en Atlanta y te comparte las fotos de sus hijos en la cancha. Son los memes del venezolano cuyo cuñado vive en Buenos Aires y con el que compartiste largas noches regadas de Malbec argentino en la estepa sudafricana. Es el mensaje de tu amiga boliviana que te comparte la foto de su perro salchicha con camiseta albiceleste. Son las palabras de tu amiga argentina que por cábala te llama minutos antes, pero nunca ve los partidos...

Pero la camiseta también regala sonrisas de desconocidos. En el aeropuerto de Singapur un local que jamás pisó Sudamérica te hace la V con la mano, como si se alegrara de verte. Un portugués en Cascais te grita "Messi" desde la vereda de enfrente, sin necesidad de agregar nada más, y muy a pesar de su amor por Ronaldo. Un sudafricano brinda con vos y te obliga a bailar aunque Bafana Bafana haya quedado afuera en la fase de eliminatorias. No hace falta el idioma. La camiseta ya dice todo lo que hay que decir.

Y ahí está la paradoja que me desvela: la vida te puede expatriar, te puede dar más de un pasaporte o lugar de pertenencia. Tus hijos pueden no hablar tu lengua a la perfección o no haber pisado tu lugar de nacimiento. Pero el fútbol, cada cuatro años, te repatría en un segundo. Y en el mismo movimiento te arma una comunidad instantánea con gente que no tiene ni idea de dónde queda tu ciudad natal, pero que por noventa minutos es tu gente. Y con la que quizás conectarás para el resto de tu vida. O por lo menos lo que dure un canto de cancha.

Te ponés la camiseta, te invade el orgullo y sentís la necesidad de gritar a los cuatro vientos que sos argentino. Cuando escuchás el coro de nuestro himno se te eriza la piel y te tiembla la voz. Es cierto, muchos de nosotros hicimos las valijas con miedo. Algunos las dejamos a mano por si nos invaden las ganas de volver. Otros las despachan a destinos exóticos porque no quieren regresar. Pero no importan los kilómetros que hayan recorrido esas valijas, siempre nos recordarán su lugar de origen.

No sé si todos somos arrogantes. Tampoco si todos somos amigueros. Pero lo que sí sé es que cada cuatro años, en cualquier rincón del planeta donde me haya tocado vivir, hay una camiseta esperando en el fondo de un placard. Y que cuando te la ponés sos parte de un sentimiento que no podes parar. El argentino nace donde quiere.

*Por Malvinas. Por el Diego. Por la última de Leo. Argentina quiero verte...*

Lunes 8 de la mañana. Vuelvo a doblar mis banderas, las camisetas y demás objetos que adornaron el folclore del último mes. El amor y la admiración por la Albiceleste siguen intactos. El orgullo de ser argentina, también.

Gracias Argentina por este sentimiento, yo ya gané.